

verse colocado por su soberano en un mando independiente del hombre que tan profundamente le había agraviado; y así declaró que en el ejercicio de la autoridad en que se hallaba constituido no reconocía ya superior. En estas ideas de altivez le confirmaron varios de sus soldados insistiendo en que el Cuzco caía hacia el Sur del territorio concedido á Pizarro, y que por consiguiente estaba comprendido en el suyo. Entre los que sostenían estas ideas había muchos de los que llegaron con Alvarado, gente que, aunque de mejor condición que los soldados de Pizarro, estaban muchísimo menos disciplinados y que bajo el mando de aquel gefe poco escrupuloso habían adquirido un espíritu de desenfundada licencia (1). Estos no tenían consideración ninguna con los indios; y no contentos con los edificios públicos se apoderaban cuando les parecía de los particulares, apropiándose sin ceremonia cuanto contenían, y mostrando en suma tan poco respeto á las personas y á las propiedades como si la plaza hubiera sido tomada por asalto (2).

Mientras pasaban estos acontecimientos en la antigua capital del Perú, el gobernador continuaba en Lima, donde le alarmaron mucho las noticias que recibió de los nuevos honores concedidos á su socio. No sabía que había sido estendida su propia jurisdicción hasta setenta leguas mas hacia el Sur, y sospechaba lo mismo que Almagro, que la capital de los Incas no había de estar comprendida en los límites de su territorio. Vió todo el mal que podía resultarle de que tan opulenta ciudad cayese en manos de su rival, dándole de este modo medios abundantes para satisfacer su codicia y la de sus soldados; y conoció que en tales circunstancias no era seguro permitir que Almagro tomase posesión de un poder á que todavía no tenía legítimamente derecho; porque los pliegos que contenían la concesión se hallaban aun en Panamá en poder de Hernando, y lo único que había llegado al Perú era un extracto de ellos.

Por tanto, envió sin pérdida de tiempo instrucciones al Cuzco para que sus hermanos volviesen á encargarse del gobierno, y prohibió á Almagro el desempeñar sus funciones fundándose en que debiéndose recibir despues sus credenciales no sería decoroso que al tiempo de recibirlas se hallase ya en posesión de su puesto. Por último, le invitaba á que emprendiese sin demora su expedición al Sur.

Pero ni al mariscal ni á sus amigos les agradaba la idea de dejar una autoridad que ya miraban como suya de derecho. Los Pizarros por otra parte la reclamaban con obstinación. La disputa se fue acalorando; cada partido tenía sus defensores; la ciudad se dividió en fracciones y el ayuntamiento, los soldados y hasta la población india se adherieron á uno y otro de los bandos que se disputaban el poder. Ya iban á llevarse las cosas al extremo y á decidirse la contienda por medio de la violencia y de la efusión de sangre, cuando Pizarro se presentó entre los contendientes (3).

(1) En punto á disciplina presentaban estos soldados un notable contraste con los conquistadores del Perú, si hemos de creer á Pedro Pizarro, el cual asegura que sus compañeros no se hubieran propasado á tomar una mazorca sin licencia de su gefe. «Que los que pasamos con el marques á la conquista no ovo hombre que osase tomar una mazorca de mahiz sin licencia.» Descub. y Conq., MS.

(2) «Se entraron de paz en la ciudad del Cuzco i los salieron todos los naturales á rescibir i los tomaron la ciudad con todo quanto havia de dentro llenas las casas de mucha ropa i algunas oro i plata i otras muchas cosas, i las que no estaban bien llenas las enchian de lo que tomaban de las demas casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacían ofensa alguna divina ni humana, i porque esta es una cosa larga i casi incompreensible, la dexaré al juicio de quien mas entienda, aunque en el daño rescibido por parte de los naturales cerca deste artículo yo sé harto por mis pecados que no quisiera saber ni haver visto.» Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, His-

Al recibir la noticia de las fatales consecuencias de sus mandatos se puso Pizarro en marcha á toda prisa para el Cuzco, donde fue recibido con manifiestas señales de júbilo por los indios así como por los españoles mas moderados deseosos de evitar la inminente lucha. Lo primero que hizo el gobernador fue visitar á Almagro, á quien abrazó con aparente cordialidad, y sin manifestar resentimiento alguno preguntó la causa de aquellos disturbios. A esto contestó el mariscal echando la culpa de todo á los hermanos de Pizarro; pero aunque el gobernador les reconvinó con alguna aspereza por su violencia, pronto se vió que se ponía de su parte, y los peligros de una seria desavenencia entre los dos socios se hicieron mayores que nunca. Afortunadamente evitó por entonces un rompimiento la intervención de amigos comunes que en aquellas circunstancias mostraron mas discreción que sus capitanes. Con su auxilio se efectuó por último una reconciliación sobre las bases, con corta diferencia, del pacto que anteriormente tenían hecho.

Acordóse que su amistad continuaria siempre inviolable; y en un artículo, que no hace demasiado honor á ninguna de las partes, se estipuló que ninguno de ellos hablaría mal del otro ni haría insinuaciones malévolas respecto á él especialmente en sus comunicaciones al emperador, y que ninguno se comunicaría con el gobierno sin el conocimiento del otro; por último, convinieron ambos en que los gastos y beneficios de los ulteriores descubrimientos serían repartidos entre los dos por partes iguales. Invocóse la ira del cielo con las mas solemnes impreaciones contra aquel que violase este pacto, rogando al Todopoderoso que le castigase con la pérdida de su vida en este mundo y con la eterna perdición en el otro (4). Ambas partes se obligaron al cumplimiento de este contrato con solemne juramento pronunciado ante los Sacramentos en manos del padre Bartolomé de Segovia que concluyó la ceremonia celebrando la misa. De todo lo cual, con los artículos del convenio se formalizó testimonio público ante escribano y muchos testigos, á 12 de junio de 1535 (5).

Así estos dos antiguos compañeros despues de haber roto los lazos de la amistad y del honor quisieron ligarse mutuamente con los sagrados vínculos de la religión, medida de cuya ineficacia debería haberles convencido el mero hecho de ser necesario recurrir á ella.

Poco despues de arregladas sus desavenencias, el mariscal levantó bandera para Chile, y muchos, atraídos por sus maneras populares, y por su generosidad que casi rayaba en prodigalidad, se alistaron con gusto en la empresa confiados en hallar todavía mayores riquezas que las que habían encontrado en el Perú. Dos indios, el uno Paullo Topa, hermano del Inca Manco, y el otro Villac Umu, gran sacerdote de la nación, fueron enviados delante con tres españoles para preparar el camino al pequeño ejército. Púsose despues en marcha un destacamento de ciento cincuenta hombres á las órdenes de un oficial llamado Saavedra. Almagro se quedó detras á reunir mas reclutas; pero antes de completar el número de estos que pensaba llevar, emprendió su marcha, no creyéndose seguro con sus cortas fuerzas al lado de

toria general, dec. V, lib. VIII, cap. VI.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(4) «E suplicamos á su infinita bondad que á cualquier de nos que fuere en contrario de lo así convenido, con todo rigor de justicia permita la perdición de su ánima, fin y mal acabamiento de su vida, destrucción y perdimientos de su familia, honras y hacienda.» Capitulación entre Pizarro y Almagro 12 de junio de 1535, MS.

(5) Este notable documento, cuyo original existe en el archivo de Simancas, se encuentra íntegro en el Apéndice número 11.

Pizarro (1). El resto de sus tropas debía seguirle luego que se reuniese.

Desembarazado ya de la presencia de su rival, volvió el gobernador inmediatamente á la costa para continuar sus proyectos de arreglo del país. Además de la principal ciudad de Los Reyes, fundó otras á orillas del Pacífico, destinadas á ser con el tiempo emporios florecientes del comercio. La mas importante de estas recibió el nombre de Truxillo en honor del pueblo de su nacimiento, y fue establecida en el sitio ya indicado por Almagro (2). Hizo tambien muchos repartimientos así de tierras como de indios entre sus soldados en la forma que acostumbraban los conquistadores españoles (3); aunque la ignorancia de los verdaderos recursos del país produjo resultados diferentes de los que se había propuesto, pues en muchos casos el territorio mas pequeño, á causa de los tesoros que enterraba en su seno llegó á ser el de mas valor (4).

Pero nada llamó tanto la atención de Pizarro como la construcción de la metrópoli de Lima, y de tal modo apresuró la obra, y tan bien fue secundado por la multitud de trabajadores que servían á sus órdenes, que tuvo la satisfacción de ver á su naciente capital con sus grandiosos edificios y magníficos jardines muy próxima á su completa construcción. Es satisfactorio contemplar bajo un punto de vista mas agradable el carácter de aquel toscó soldado, ocupado en remediar los estragos de la guerra y en echar los fundamentos de un imperio mas civilizado que el que acababa de destruir. Esta ocupación pacífica formaba contraste con la vida de agitación incesante que hasta entonces había llevado, y parecía adoptarse mejor á su edad ya madura que naturalmente le convidaba al reposo. Si hemos de creer tambien á sus cronistas, no hubo ocupación de todas las que tuvo en su carrera que mas placer le diese. Es lo cierto que ninguna ha sido mirada con mas satisfacción por la posteridad; y entre el dolor y la desolación que Pizarro y sus soldados llevaron á la tierra de los Incas, Lima, la hermosa ciudad de Los Reyes, sobrevive aun como la obra mas gloriosa de su creación, como la perla mas hermosa de las del Pacífico.

#### CAPITULO X.

Evasión del Inca. — Vuelta de Hernando Pizarro. — Sublevación de los peruanos. — Sitio é incendio del Cuzco. — Situación precaria de los españoles. — Asalto de la fortaleza. — Desaliento de Pizarro. — El Inca levanta el sitio.

1535—1536.

Si la ausencia de su rival Almagro dejó á Pizarro por este lado libre de toda inquietud, por otro vió inesperadamente amenazada su autoridad. El nuevo enemigo era la población indígena del país. Hasta en-

(1) «El adelantado Almagro despues que se vido en el Cuzco descarnado de su gente temió al marques no le prendiese por las alteraciones pasadas que havia tenido con sus hermanos como ya hemos dicho, i dicen que por ser avisado dello tomó la posta i se fué al pueblo de Paria donde estava su capitán Saavedra.» Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(2) Carta de Francisco Pizarro al señor de Molina, MS.

(3) Tengo á la vista dos copias de concesiones de encomiendas hechas por Pizarro, la una en Xauxa en 1534, y la otra en el Cuzco en 1539. En ellas se recomienda enfáticamente á los colonos la instrucción religiosa y el buen trato de sus indios. Pero cuán ineficaces fueron estas recomendaciones puede inferirse de las lamentaciones del escritor anónimo y contemporáneo repetidas veces citado, el cual dice que «desde entonces se estendió entre los indios la pestilencia de la servidumbre personal, é igualmente desastrosa para el alma, así del amo como del esclavo.» (Conq. i Pob. del Pirú, MS.) Este honrado movimiento de indignación, que no era de esperar en un toscó conquistador, es probablemente de algun eclesiástico.

(4) «El marques hizo encomiendas en los españoles, las

tonces los peruanos habían mostrado un carácter dócil y sumiso que inspiraba á los conquistadores demasiado desprecio para darles ocasión de temer. Habían mirado impasibles la usurpación de los invasores, la ejecución de un monarca, el nombramiento de otro para ocupar el trono vacante, los templos despojados de sus tesoros, su capital y su país presa de los españoles que se los repartían entre sí; pero á escepción de algunas escaramuzas en los pasos de las montañas, ni un solo golpe habían dado en defensa de sus derechos. ¡Y sin embargo aquella era una nación que había estendido sus conquistas por una gran parte del continente!

Pizarro en su carrera, aunque nada le detenía para llevar á cabo sus proyectos, no se había entregado á aquellos actos superfluos de crueldad que tantas veces mancharon las armas de sus compatriotas en otros puntos del continente, y que en pocos años esterminaron casi toda una población en Hispaniola. Había dado un gran golpe con la captura de Atahualpa y parecía contar con él para inspirar terror á los indios, no creyendo necesarios otros nuevos. Había aprehendido tambien cierto respeto á las instituciones del país, y reemplazado al monarca á quien había dado muerte con otro de la dinastía legítima. Sin embargo, esto no era mas que un pretesto. El reino había esperimentado la revolución mas completa. Sus antiguas instituciones estaban destruidas. Su aristocracia de origen divino había descendido casi hasta el nivel del pueblo. Este era siervo de los conquistadores. Sus edificios en la capital, á lo menos desde la llegada de los oficiales de Alvarado, habían pasado á manos de las tropas. Los templos se habían convertido en cuarteles y los palacios reales en cuarteles. La santidad de las casas religiosas había sido violada. Millares de matronas y doncellas que aunque erradas en sus creencias vivían en casta reclusión en establecimientos conventuales, habían sido lanzadas de sus retiros viniendo á ser presa de la licenciosa soldadesca (5). Una esposa favorita del joven Inca había sido seducida por los oficiales castellanos; y el Inca mismo tratado con

quales fueron por noticias que ni él sabía lo que dava ni nadie lo que rescibia sino á tienta i á poco mas ó menos, i así muchos que pensaron que se les dava poco se hallaron con mucho i al contrario.» Ondegardo, Rel. prim., MS.

(5) Esto dice el autor de la *Conquista i Población del Pirú*, escritor contemporáneo que describe lo que vió lo mismo que lo que supo por relaciones de otros. Varias circunstancias, especialmente la honrada indignación que manifiesta al hablar de los excesos de los conquistadores, inducen á creer que era eclesiástico, uno de aquellos hombres probos que siguieron la cruel expedición con un objeto de amor y de misericordia. Es de suponer tambien que su credulidad la haga exagerar á veces los excesos de sus compatriotas.

Segun él eran seis mil las mujeres de calidad que vivían en los conventos del Cuzco, servidas cada una por quince ó veinte criadas, y muchas de las cuales que no pericieron en la guerra tuvieron mas desdichada suerte, pues fueron víctimas de la prostitución. Este pasaje es tan notable y el manuscrito tan raro, que voy á citarle original.

«De estas señoras de Cuzco es cierto de tener grande sentimiento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco cuando los españoles entraron en él havia grand cantidad de señoras que tenían sus casas i sus asientos muy quietas i sosegadas i vivían muy políticamente i como muy benas mujeres, cada señora acompañada con quince ó veinte mujeres, que tenía de servicio en su casa bien traídas i aderezadas, i no salían menos desto i con grand onestidad i gravedad i atabío á su usanza, i es á la cantidad destas señoras principales creo yo que en el... que avia mas de seis mil sin las de servicio que creo yo mas de veinte mil mujeres sin las de servicio y mamacones, que eran las que andavan como beatas y donde á dos años casi no se allava en el Cuzco i su tierra, sino cada qual i qual porque muchas murieron en la guerra que huvó i las otras vinieron las mas á ser malas mujeres. El Señor perdone á quien fue la causa desto i á quien no la remedió pudiendo.» Conq. i Población del Pirú, MS.

desdeñosa indiferencia vió que no era mas que un pobre dependiente, si no un instrumento en manos de sus conquistadores.

Sin embargo, el Inca Manco era hombre de elevado espíritu y animoso corazón, tal que pudiera haber sostenido la comparación con el mas valiente y altivo de sus antecesores en los mejores días del imperio. Ofendido profundamente con las humillaciones á que estaba espuesto, reclamó repetidas veces de Pizarro que le restituyese al verdadero ejercicio del poder así como á la ostentación de él. Pero Pizarro con respuestas evasivas desestimó una reclamación tan incompatible con sus proyectos ambiciosos, ó por mejor decir, con la política de España, y el joven Inca y sus nobles tuvieron que deorar sus agravios en secreto y esperar pacientemente la hora de la venganza.

Las disensiones entre los españoles les parecieron ocasion oportuna para sublevarse. Los gefes peruanos tuvieron muchas conferencias sobre este punto, y el gran sacerdote Villac Umu encareció la necesidad de levantarse tan luego como Almagro hubiese retirado sus fuerzas de la capital, pues entonces les sería mas fácil atacando á los invasores á la vez en los varios puntos distantes unos de otros que ocupaban en todo el país, arrollarlos con sus superiores fuerzas y sacudir su aborrecido yugo antes que la llegada de nuevas tropas les encerrase para siempre en las redes de sus compatriotas. Formóse un plan para el levantamiento general, y con arreglo á él nombró el Inca al gran sacerdote para que acompañase á Almagro en su marcha, á fin de que se asegurase de la cooperación de los indios del país y volviese después secretamente, como lo hizo, para tomar parte en la insurrección.

Para llevar á cabo sus proyectos se hizo necesario que el Inca Manco saliese de la capital y se presentase entre su pueblo. No encontró Manco dificultad para retirarse del Cuzco donde su presencia apenas era notada de los españoles que altivos y confiados hacían poco caso de su poder nominal. Pero en la capital había un cuerpo de indios aliados mas celoso de sus movimientos. Eran estos indios de la tribu de Cañares, raza guerrera del Norte, sometida hacia poco tiempo por los Incas, y que por tanto no simpatizaban con ellos ni con sus instituciones. Se hallaban unos mil de ellos en el Cuzco, y habiendo concebido alguna sospecha de los proyectos del Inca, vigilaron sus movimientos y dieron parte de su ausencia á Juan Pizarro.

Este salió inmediatamente á la cabeza de una pequeña fuerza de caballería en persecución del fugitivo; y fue tan afortunado que logró descubrirlo en un espeso cañaveral donde había procurado ocultarse á poca distancia de la ciudad. Manco fue preso, llevado al Cuzco y encerrado en la fortaleza con una fuerte guardia. La conspiración parecía ya terminada y nada quedaba á los desgraciados peruanos sino lamentar sus muertas esperanzas y manifestar su desconuelo en lastimeras baladas que recordaban la cautividad de su Inca y la caída de la régia estirpe (1).

Mientras estas cosas sucedían, Hernando Pizarro volvió á la ciudad de Los Reyes trayendo consigo la real concesión en que se daba estension á las facultades de su hermano y se señalaba el territorio que correspondía á Almagro. Trajo también la real patente confirmando á Francisco Pizarro el título de *marques de los Atavillos* (una provincia del Perú). Así fue colocado el feliz aventurero en las filas de la orgullosa aristocracia de Castilla, de cuyos individuos pocos podían jactarse (si á jactarse se hubieran atrevido) de descender de tan humilde origen, así como pocos podían justificar el suyo con mayores servicios hechos á la corona.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.—Herrera, Historia general, dec. V, lib. VIII, cap. I, II.—Cong. i Pob. del Perú, MS.—Zárate, Cong. del Perú, lib. II, cap. III.

El nuevo marques resolvió no poner en posesión por entonces al mariscal de su territorio, y estimularle á que se empeñase mas y mas en la conquista de Chile para distraer su atención del Cuzco cuya capital sin embargo, según le aseguraba su hermano, estaba comprendida en el territorio que nuevamente se le agregaba. Para asegurar mas esta importante presa envió á Hernando á que tomase en sus manos las riendas del gobierno, por ser entre sus hermanos aquel en cuyos talentos y experiencia tenía mas confianza.

Hernando, á pesar de sus arrogantes maneras con sus compatriotas, había manifestado mas que ordinaria simpatía para con los indios. Había sido amigo de Atahualpa, y tanto que según se decía, si él hubiera estado en Caxamalca en aquella ocasión, habría evitado su suplicio. Manifestó entonces la misma amistosa disposición para con su sucesor Manco, mandó ponerle en libertad y poco á poco le fue dando su confianza. El astuto indio se aprovechó de su libertad para madurar sus planes de levantamiento, pero lo hizo con tanta cautela que Hernando no tuvo de ellos la menor sospecha. El secreto y el silencio son cualidades características del americano y casi tan inviolables como el color particular de su piel. Manco descubrió al conquistador la existencia de varios tesoros y los sitios donde habían sido ocultados; y cuando hubo ganado su confianza estimuló mas su codicia hablándole de una estatua de oro puro que representaba á su padre Huayna Capac y pidiéndole licencia para traerla de la cueva donde estaba depositada en las asperezas de los vecinos Andes. Hernando cegado por su avaricia consintió en la partida del Inca.

Envió con él á dos soldados españoles, menos para guardarle que para que le ayudasen en el objeto de su expedición. Pasó una semana y no volvió ni se tuvo noticia alguna suya. Hernando conoció entonces su error, y mucho mas cuando vió confirmadas sus sospechas por las relaciones desfavorables que le hicieron sus aliados indios. Sin pérdida de tiempo envió á su hermano Juan á la cabeza de sesenta caballos en busca del príncipe peruano con órden de prenderle otra vez y llevarle á la capital.

Juan Pizarro con sus soldados bien armados atravesó en breve las inmediaciones del Cuzco sin descubrir vestigios del fugitivo. Halló el país notablemente desierto y silencioso, hasta que al acercarse á las montañas que circundan el valle de Yucay, como á seis leguas de la ciudad, encontró á los dos españoles que habían acompañado á Manco, los cuales le digieron que solo podría apoderarse de él abriéndose paso con la punta de la espada, pues las poblaciones estaban todas sublevadas y el Inca á su cabeza se preparaba á marchar sobre la capital. Sin embargo Manco no les había hecho daño alguno en sus personas, antes bien les había concedido el permiso de volverse á sus filas.

Pizarro halló plenamente confirmada esta relación al llegar al río Yucay, en cuya opuesta orilla vió formados los batallones indios en número de muchos miles, que con su joven Inca á la cabeza se preparaban á disputarle el paso. Parecía sin embargo que no creían demasiado fuerte su posición pues como de costumbre habían puesto el río entre ellos y sus enemigos. No detuvo á los españoles este obstáculo. El río aunque profundo era estrecho; y arrojándose á él nadaron con sus caballos hasta la otra orilla entre una tempestad de piedras y flechas que caían espesas como granizo sobre sus arneses y que alguna que otra vez encontraban algún punto vulnerable, si bien las heridas que hacían servían solo para estimular á los españoles á mas desesperados esfuerzos. Los indios retrocedieron al saltar en tierra sus enemigos; pero sin darles tiempo para que se formasen, con un ardor que hasta entonces no habían desplegado, vol-

vieron á la carga y los rodearon por todas partes con sus numerosas tropas. La batalla entonces se hizo encarnizada. Muchos de los indios iban armados con lanzas cuyas puntas eran de cobre templado hasta darle la dureza del acero y con grandes mazas ó hachas de armas del mismo metal. Sus armas defensivas eran también bajo muchos conceptos escelescentes y consistían en fuertes cotas de algodón acolchadas, escudos cubiertos de pieles y cascos ricamente adornados con oro y joyas, y algunos hechos como los de los mejicanos figurando cabezas fantásticas de monstruos con largas filas de dientes y cuyas bocas se habrían horriblemente sobre el rostro del guerrero (1). Todo el ejército tenía un aspecto de ferocidad marcial y peleaba con mucha mas disciplina que la que hasta entonces habían visto los españoles en aquel país.

La pequeña tropa de ginetes sorprendida por el furioso ataque de los indios se vió al principio un tanto desordenada; pero al fin animándose mutuamente con el antiguo grito de guerra de «Santiago,» formaron una sólida columna y cargaron atrevidamente sobre las mas espesas filas de los enemigos. Estos, incapaces de sostener el choque, cedieron ó fueron atropellados por los caballos ó por las lanzas de los ginetes. Sin embargo su fuga se hizo con cierto órden; y de cuando en cuando volvían caras para disparar una granizada de flechas ó para dar furiosos golpes con sus hachas ó clavos. En una palabra, peleaba cada uno como si supiese que le miraba el Inca.

Era ya tarde cuando abandonaron el llano y se retiraron á la espesura de las elevadas colinas que rodean el hermoso valle de Yucay. Juan Pizarro y su pequeño ejército acamparon en el llano á la falda de las montañas. Había vencido como de costumbre á una multitud inmensa; pero nunca había visto batalla mas bien disputada, y su victoria le había costado la pérdida de algunos hombres y caballos, muchos heridos y otros muchos rendidos por las fatigas del día. Sin embargo confiaba en que la severa lección que había dado al enemigo, cuya matanza fue grande, acabaría con su resistencia. Pero se engañaba.

A la mañana siguiente grande fue su desaliento al ver los pasos de las montañas llenos de oscuras líneas de guerreros que se estendían hasta perderse de vista en las profundidades de la sierra, mientras masas enormes de enemigos estaban reunidas cual negras nubes sobre las cimas de los montes dispuestos á descargar su furia sobre los invasores. El terreno, desfavorable para las maniobras de la caballería ofrecía grandes ventajas á los peruanos, los cuales desde su elevada posición dominaban grandes rocas y descargaban una lluvia de armas arrojadas sobre la cabeza de los españoles. Juan Pizarro no quiso penetrar mas adelante en el peligroso desfiladero; y aunque dió repetidas cargas al enemigo y le hizo retirar causándole considerable pérdida, la segunda noche le cogió con los hombres y caballos cansados y heridos y teniendo tan poco adelantado el objeto de su expedición como en la noche anterior. Hallándose en esta embarazosa situación despues de uno ó dos días mas, gastados en inútiles hostilidades, le sorprendió un mensaje de su hermano mandándole volver con toda su gente al Cuzco que estaba sitiado por el enemigo.

(1) «Es gente, dice Oviedo, muy belicosa é muy diestra; sus armas picas, é ondas, porras é alabardas de plata é oro é cobre.» (Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capítulo XVII.) Xerez hace una buena descripción de las armas de los peruanos. (Cong. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 200.) El padre Velasco ha añadido otras muchas al catálogo de las que cita aquel escritor. Según él, usaban espadas de cobre, puñales y otras armas europeas. (Hist. de Quito, tomo I, págs. 178, 180.) No insiste en que les fuesen conocidas las armas de fuego antes de la conquista.

Sin pérdida de tiempo comenzó su retirada, atravesó de nuevo el valle teatro de la anterior batalla, pasó á nado el río Yucay, y contramarchando rápidamente seguido de cerca por su victorioso enemigo que celebraba su victoria con canciones ó mas bien gritos de triunfo, llegó antes de anochecer á la vista de la capital.

El espectáculo que entonces se presentó á sus ojos era muy diferente del que había visto al salir del Cuzco pocos días antes. Todos los alrededores de la ciudad hasta donde podía alcanzar la vista estaban ocupados por una poderosa hueste de indios, que según el cálculo de uno de los conquistadores compendrían el número de doscientos mil guerreros (2). Las oscuras líneas de los batallones indios se estendían hasta las mismas crestas de las montañas, y todo al rededor no se veían mas que banderas y cimbras ondeantes de los gefes con ricas armaduras de plumas que á los que habían servido á las órdenes de Cortés les recordaban el traje militar de los aztecas. Sobre toda aquella multitud se elevaba un bosque de largas lanzas y hachas con filos de cobre, que moviéndose acá y allá en desordenada confusión heridas por los rayos del sol poniente resplandecían como la luz que refleja en el oscuro y turbado Océano. Era la primera vez que los españoles veían un ejército indio en toda su imponente actitud, un ejército tal como el que los Incas conducían á las batallas cuando la bandera del Sol se paseaba triunfante sobre la tierra.

Los esforzados corazones de los españoles, si por un momento les desalentó semejante espectáculo, pronto recobraron su valor, y estrechando sus filas se prepararon á abrirse paso por medio de la sitiadora hueste. Pero el enemigo parecía querer evitar su encuentro, y retrocediendo á medida que se aproximaban, les dejó libre la entrada de la capital. Probablemente los peruanos querían que cayesen cuantas víctimas fuese posible en las redes que tenían tendidas convencidos de que cuanto mayor fuera el número de sus enemigos mas pronto sentirían estos los horrores del hambre (3).

Hernando Pizarro recibió á su hermano con no pequeña satisfacción, pues le traía un importante refuerzo á su gente, la cual toda unida no pasaba sin embargo de doscientos hombres entre infantes y caballos (4) además de unos mil indios auxiliares, fuerza insignificante en comparación de la innumerable multitud de enemigos que hormigueaba á las puertas de la ciudad. Los españoles pasaron la noche con la mayor angustia esperando con el recelo que era natural la llegada del día. Comenzó el sitio del Cuzco á principios de febrero de 1536, sitio memorable donde se hicieron los mas heroicos esfuerzos de valor por parte de los indios y de los europeos, y donde las dos razas tuvieron los mas mortales encuentros que hasta entonces habían ocurrido en la conquista del Perú.

La multitud de los enemigos parecía no menos formidable durante la noche que con la luz del día; veíanse grandes é innumerables fuegos en todo el valle y en las crestas de los montes y tan espesos, dice un testigo de vista, como las estrellas del cielo en una clara noche de verano (5). Antes que la luz que despédian estos fuegos hubiese empalidecido ante la

(2) «Pues junta toda la gente que el ynga avia embiado á juntar que á lo que se entendió y los indios dixerón, fueron dozentos mil indios de guerra los que vinieron á poner este cerco.» Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.—Conquista i Pob. del Perú, MS.—Herrera, Historia general, dec. V, libro VII, cap. IV.—Gomara, Historia de las Indias, capítulo CXXXIII.

(4) «Y los pocos españoles que heramos aun no dozentos todos.» Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS.

(5) «Pues de noche heran tantos los fuegos que no pare,

claridad de la mañana, despertó á los españoles el horrible clamoreo de caracoles, trompetas y atabales acompañados de feroces gritos de guerra que lanzaban los bárbaros á tiempo de disparar granizadas de armas de todas formas. Muchas de estas armas caían sin hacer daño dentro de la ciudad; pero otras ofrecían un peligro mas serio, pues eran flechas encendidas y piedras hechas ascua envueltas en algodones impregnados de alguna sustancia betuminosa que describiendo largos rastros de luz en el aire caían sobre los techos de los edificios y les incendiaban en un momento (1). Los techos, aun los de los mejores edificios, eran de paja, y ardían con tanta facilidad como si fueran de yesca. En un momento estalló el incendio en los mas opuestos barrios de la ciudad; el cual comunicándose con rapidez al maderaje interior de los edificios, levantaba anchas lenguas de llama que mezcladas con humo subían hasta los cielos iluminando con horribles resplandores todos los objetos. La atmósfera enrarecida aumentó la impetuosa del viento, que extendiendo las llamas las propagaba de habitación en habitación hasta que todo el gran edificio conmovido por el huracán, se hundía con un estruendo semejante á los bramidos de un volcán. Hízose el calor intenso y las nubes de humo que como un negro pálio cubrían la ciudad, sofocaban y casi privaban de la vista en aquellos barrios adonde eran llevadas por el viento (2).

Los españoles estaban acampados en la gran plaza, parte de ellos debajo de todos, y otros en las salas del Inca Viracocha, cuyo edificio estaba situado sobre el terreno que despues ocupó la catedral. Tres veces durante aquel terrible día se incendió el techo de aquel edificio; pero aunque no se hicieron esfuerzos para apagar el fuego, este se extinguió por sí mismo sin hacer mucho daño. Atribuyóse este milagro á la bienaventurada Virgen á quien varios caballeros cristianos vieron distintamente en los aires sobre el sitio en que debía levantarse el templo dedicado á su culto (3).

Afortunadamente el ancho espacio que habia por todos lados entre el pequeño ejército de Hernando y los edificios de la ciudad separaba á los españoles del teatro del incendio, proporcionándoles un medio de preservacion semejante al que emplea el cazador americano que procura rodearse de una circunferencia de terreno incendiado cuando le sorprende alguna conflagracion en los prados. Todo el día continuó el fuego

cia sino un cielo muy sereno lleno de estrellas.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(1) «Unas piedras redondas y hechallas en el fuego y hazellas asqua enbolvianlas en vnos algodones y poniéndolas en hondas las tiravan á las casas donde no alcanzaban á poner fuego con las manos, y así nos quemavan las casas sin entendello. Otras veces con flechas encendidas tirándolas á las casas que como heran de paja luego se encendian.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(2) «I era tanto el humo que casi los oviera de agogar i pasaron grand trabajo por esta causa i sino fuera porque de la una parte de la plaza no havia casas y estaba desconorado no pudiesen escapar porque si por todas partes les diera el humo i el calor siendo tan grande pasaran trabajo, pero la Divina Providencia lo estorvó.» Conquista i Pob. del Perú, MS.

(3) El templo fue dedicado á nuestra Señora de la Asuncion. La aparicion de la Virgen fue manifesta no solo á los cristianos sino tambien á los guerreros indios, muchos de los cuales refirieron el suceso á Garcilasso de la Vega, en cuya pluma lo maravilloso nunca perdía nada de su brillantez. (Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXV.) Tambien lo atestigua el padre Costa, que llegó al país cuarenta años despues de este suceso. (Lib. VII, cap. XXVII.) Ambos escritores hablan del oportuno auxilio que dió á los españoles el apóstol Santiago, el cual con su escudo, desplegando la divisa de su órden militar y armado con su flamante espada, se precipitaba con su caballo blanco sobre las mas espesas filas del enemigo. Siempre contaban los españoles con el auxilio de su santo patron cuando su presencia era necesaria, *dignus videtur*

con furia, y por la noche sus efectos fueron aun mas dolorosos, pues al lúgubre resplandor de las llamas los desgraciados españoles podían leer la consternacion pintada en los rostros macilentos de cada uno de sus compañeros, mientras en los arrabales y en las alturas que rodeaban la ciudad veían la innumerable multitud de los sitiadores que con gozo diabólico contemplaban su obra de destruccion. Dominando la ciudad hácia el Norte se levantaba la cenicienta fortaleza que con el resplandor de las llamas parecia roja y que se asemejaba á un disforme gigante mirando las ruinas de la hermosa ciudad que ya no habia de proteger. Mas distante se distinguían tambien las formas sombrías de los Andes remontándose en solitaria grandeza hasta las regiones del eterno silencio, donde ya no podia oirse el feroz y horrible tumulto de los guerreros que se agitaban en sus faldas.

Tal era la estension de la ciudad que pasaron muchos días antes que la furia del fuego se estinguiese. Torres y templos, cabañas, palacios y edificios particulares quedaron consumidos por las llamas. Por fortuna entre otros se salvaron del incendio la magnífica casa del Sol y el inmediato convento de las vírgenes, cuya posicion aislada ofrecía el medio de conservarlos, medio de que los indios por motivos de piedad quisieron aprovecharse (4). Toda la mitad de aquella capital que por tan largo tiempo habia sido la metrópoli de la civilizacion de Occidente, el orgullo de los Incas y la brillante mansion de su deidad tutelar, fue reducida á cenizas por las manos de sus mismos hijos. En cierto modo, sin embargo, podia servir á estos de consuelo la consideracion de que ardia sobre las cabezas de sus conquistadores, sobre sus trofeos y sobre sus tumbas.

Durante el largo período del incendio los españoles no hicieron tentativa alguna para apagar las llamas, pues hubieran sido inútiles sus esfuerzos. Sin embargo, no se sometieron dócilmente á los ataques del enemigo, antes bien de cuando en cuando hacían salidas para rechazarlos. Pero los trozos de edificio y los escombros que obstruían el terreno, presentaban grandes obstáculos para los movimientos de la caballería; y cuando por los esfuerzos de la infantería y de los aliados indios quedaba en parte desembarazado el paso, los peruanos plantaban estacas y construían barricadas que ofrecían los mismos obstáculos á su marcha (5); y el destruir estos obstáculos era

(4) Garcilasso, Com. Real, parte II, libro II, cap. XXIV.

El padre Valverde, obispo del Cuzco, que tan señalada parte tuvo en la captura de Atahuallpa se hallaba ausente del país en aquella época, pero volvió al año siguiente; y en una carta al emperador establece el contraste entre la condicion floreciente de la capital cuando salió de ella y el estado en que la encontró despues, despojada así de sus hermosos arrabales como de sus antiguas glorias. «Si no hubiera sabido el paraje en que estaba situada la ciudad, dice, no la hubiera reconocido.» Este pasaje es demasiado notable para omitirlo. La carta original existe en el archivo de Simancas. —«Certifico á V. M. que si no me acordara del sitio desta ciudad yo no la conociera, á lo menos por los edificios y pueblos della; porque cuando el gobernador don Francisco Pizarro entró aqui y entré yo con él estaba este valle tan hermoso en edificios y poblacion que en torno tenia que era cosa de admiracion vello, porque aunque la ciudad en sí no tenia mas de 5 ó 4000 casas, tenia en torno quasi á vista 19 ó 20,000; la fortaleza que estava sobre la ciudad parecia desde aparte una muy gran fortaleza de las de España: agora la mayor parte de la ciudad está toda derribada y quemada; la fortaleza no tiene quasi nada enhiesso; todos los pueblos de alderredor no tienen sino las paredes que por maravilla ai casa cubierta. La cosa que mas contentamiento me dió en esta ciudad fue la iglesia, que para en Indias es arto buena cosa, aunque segun la riqueza á havido en esta tierra pudiera ser mas semejante al templo de Salomon.» Carta del obispo fray Vicente de Valverde al emperador, MS., 20 de mayo de 1539.

(5) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

«Los indios ganaron el Cuzco casi todo desta manera que en ganando la calle hivan haciendo una pared para que los ca-

obra de tiempo y de no poco peligro, pues los trabajadores estaban espuestos á todos los tiros del enemigo y el ojo del peruano era certero. Cuando al fin quedaba libre el paso para la caballería, los españoles se lanzaban con irresistible impetuosidad sobre sus enemigos, los cuales, retrocediendo en desórden, eran atropellados por los caballos ó atravesados con las lanzas de los ginetes. La matanza en estas ocasiones era grande; pero los indios no por eso se desanimaban, y mientras con nuevos refuerzos arrostraban de frente el ataque de los españoles, otros ocultándose entre las ruinas introducían el desórden en las filas de sus enemigos atacándoles por los flancos. Los peruanos eran diestros en el manejo del arco y de la honda: estos encuentros costaban á los españoles, á pesar de la superioridad de sus armas, mas vidas de las que en su apurada situacion les conviniera perder, y la pérdida de un español no se compensaba con la de diez hombres que podían matar al enemigo. Tambien usaron entonces los peruanos con buen éxito una arma particular de los americanos del Sur. Esta arma era el lazo que arrojaban diestramente sobre el ginete ó á las piernas del caballo, haciendo de este modo que ambos viniesen á tierra. Mas de un español cayó en manos del enemigo con este ardid (1).

Así los españoles acosados por todas partes, durmiendo sobre las armas, con los caballos atados á su inmediacion, prontos para pelear á todas horas, no tenían descanso ni de día ni de noche. Para mayor embarazo, el fuerte que dominaba la ciudad, y especialmente la gran plaza en que estaban acuartelados, habia tenido tan poca guarnicion á causa de la gran confianza con que se habian contado exentos de todo riesgo, que al acercarse los peruanos habia sido abandonado sin resistencia y estaba ocupado por una fuerte tropa de enemigos, los cuales desde su elevada posicion lanzaban sobre los sitiados de cuando en cuando todo género de armas arrojadas, aumentando así su confusion y sus recelos. Entonces lamentó amargamente el capitán la imprudente seguridad que le habia hecho despreciar una posicion tan importante.

Su precaria situacion se agravaba con los rumores que diariamente llegaban á sus oídos acerca del estado del país. Decíase que la sublevacion era general; que los españoles que habitaban en haciendas aisladas habian perecido á manos de los indios; que Lima, Truxillo y las principales ciudades estaban sitiadas y próximas á caer en manos del enemigo; que los peruanos se habian posesionado de todos los pasos, y que cortadas de este modo las comunicaciones, no era de esperar socorro alguno de los españoles de la costa. Tales eran los funestos rumores (que si bien eran exagerados tenían en realidad demasiado fundamento) que penetraban en la ciudad desde el campo de los sitiadores; y para darlos mayor crédito, los indios arrojaron á la plaza ocho ó diez cabezas humanas, en cuyos sangrientos rostros los españoles reconocieron con horror las fisonomías de sus compatriotas que antes habitaban retirados en sus tierras (2).

Desanimados con estos horrores muchos opinaban que debia abandonarse la posicion que ocupaban por insostenible y proponían abrirse paso hasta la costa con sus buenas espadas. Habia en este proyecto cierta audacia, halagüeña para el espíritu aventurero del castellano. Mejor es, decían, perecer como hombres peleando por las vidas, que morir ignominiosamente como zorras ahumadas en sus cuevas por el cazador.

vallos ni los españoles no los pudiesen romper.» Conq. i Poblacion del Perú, MS.

(1) Ibid., MS.—Herrera, Hist. general. dec. V, lib. VIII, cap. IV.

(2) Ibid., ubi supra.—Conq. i Pob. del Perú, MS.

Pero los Pizarros, Rojas y algunos otros de los principales gefes rechazaron semejante proyecto, diciendo que les cubriría de deshonra (3); que el Cuzco habia sido el gran premio por que habian peleado; que era la antigua capital del imperio, que aunque reducida á cenizas volvería á levantarse sobre sus ruinas tan gloriosa como en otro tiempo; que todos tenían fijos en ellos los ojos como sus defensores; que su retirada inspiraría confianza al enemigo, decidiria la suerte de sus compatriotas en todo el país; por último que aquel era un puesto de honor y que debían morir en él antes que abandonarlo.

No parecia en efecto que hubiese alternativa alguna, porque todas las salidas estaban cortadas por un enemigo que conocía perfectamente el país y que estaba posesionado de todos los pasos difíciles. Pero este estado de cosas no podia ser duradero, ni á la larga podían los indios disputar la victoria á los blancos. El espíritu de insurreccion debia irse estinguendo por sí mismo: el gran ejército de los indios no podría menos de disolverse, no estando aquellos acostumbrados á las privaciones y fatigas de una larga campaña. De las colonias deberian de un momento á otro llegar refuerzos, y si los castellanos continuaban sosteniéndose por el tiempo de una estacion, debían ser socorridos por sus compatriotas, que no les dejarían nunca morir como fieras en las montañas.

Las animosas palabras y la bizarra conducta de los gefes avivaron el entusiasmo en el corazón de los españoles, porque el corazón del español fácilmente respondía al llamamiento del honor, si no al de la humanidad. Todos pues prometieron seguir al lado de su capitán hasta el último trance. Pero si querían permanecer por mas tiempo en la posicion en que se hallaban, era absolutamente preciso desalojar al enemigo de la fortaleza; y antes de intentar esta empresa peligrosa, Hernando Pizarro resolvió dar un golpe al enemigo capaz de retraerle de nuevos ataques á sus cuarteles.

Comunicó el proyecto á sus oficiales, y formando su pequeña tropa en tres divisiones, las puso á las órdenes de su hermano Gonzalo, de Gabriel de Rojas, oficial en quien tenía gran confianza, y de Hernan Ponce de Leon. Envió delante á los indios auxiliares para desembarazar de escombros el terreno, y despues las tres divisiones salieron simultáneamente por los tres puntos principales que conducian al campo de los sitiadores. Las avanzadas que encontraron al paso fueron fácilmente derrotadas, y las tres divisiones cayendo luego impetuosamente sobre las desordenadas líneas de los peruanos, les cogieron completamente de sorpresa. Por algunos momentos la resistencia fue débil y la matanza terrible; pero los indios se fueron despues poco á poco rehaciendo, y formándose con cierto órden, volvieron á la pelea con el valor de hombres acostumbrados ya á los peligros. Entonces combatieron cuerpo á cuerpo con sus hachas y mazas chapeadas de cobre, mientras una granizada de dardos, piedras y flechas caía sobre los bien defendidos cuerpos de los españoles.

Los bárbaros mostraron en esta ocasion mas disciplina de la que era de esperar, lo cual se atribuye á varios españoles, que habiendo sido generosamente perdonados por el Inca, le dieron algunas lecciones en el arte de la guerra. Tambien habian aprendido los peruanos á manejar con cierta destreza las armas de los conquistadores; los españoles vieron á muchos de ellos con escudos, yelmos y espadas de fábrica

(3) «Pues Hernando Pizarro nunca estuvo en él o y les respondia que todos aviamos de morir y no desamparar el Cuzco. Juntávanse á estas consultas Hernando Pizarro y sus hermanos, Gravel de Rojas, Hernan Ponce de Leon, el Theorero Riquelme.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.